

EDUCACIÓN / VÍCTIMAS DEL «BULLYING»



JUSTY

«LIBRE». En el lugar donde Jokin se suicidó sus compañeros han dejado flores y velas. La madrugada del 21 de septiembre cogió su bici y salió de casa. Encontraron su cuerpo a los pies de la muralla de Hondarribia 12 horas después. «Libre, oh, libre. Mis ojos seguirán aunque paren mis pies», escribió la tarde antes en Internet.

LOS OTROS JOKIN

EL ACOSO que sufría el adolescente vasco que se ha suicidado es frecuente en los colegios. La máxima experta en «bullying» describe el problema con otros casos

Jokin, 14 años, comienza a ser objeto de burla de amigos y compañeros cuando, a principios del curso pasado, se hace sus necesidades encima en clase / De la mofa, pasan a los golpes, incluso le rompen el aparato dental en una paliza / «Le hacían comer tierra», dice una compañera / Durante el campamento de verano, Jokin y su cuadrilla son pillados por los monitores mientras fumaban un porro / Cuando el asunto llega a oídos de los padres de los adolescentes, todos señalan, injustamente, a Jokin como chivato y se ensañan más con él / El 13 de septiembre, primer día de clase, es recibido con el aula decorada con papel higiénico para celebrar el aniversario de la diarrea y con golpes / 14 de septiembre lo acribillan a balonazos en el gimnasio / El 15, otra paliza cruel / Jokin deja de ir a clase y su tutora alerta a los padres / Padres y profesora acuerdan que Jokin vuelva al aula el martes 21 con un móvil por si tuviera problemas / Esa madrugada, se suicida

NORA RODRÍGUEZ

Jokin, no te conocía pero yo también he pasado por lo mismo. Mi dolor sigue oculto, el tuyo ya no y servirá para hacer cambiar las cosas. Ahora descansa en paz. Un beso». El pasado miércoles alguien dejó esta frase, escrita en un folio blanco con tinta azul y en castellano, al lado de las velas que dibujan las iniciales de Jokin, J.C., junto a la muralla de Hondarribia (Guipúzcoa).

Es el lugar donde Xebe, como le llamaban sus compañeros, decidió poner fin a su vida tras ser víctima durante más de un año de lo que se conoce como *bullying*. Un anglicismo con el que se designa el proceso de intimidación en los centros de estudio, sistemático y creciente, por parte de ciertos compañeros hacia otro, con el beneplácito del grupo.

La carta, sorprendentemente, al día siguiente, jueves, había desaparecido. ¿Porque delataba que hay más Jokin, o porque rompía con el pacto obligado de silencio impuesto por el centro escolar? Sea como fuere, lo cierto es que no sabemos si los

vez objeto de burlas y abusos en el colegio, es decir, víctimas de *bullying*. Luego topé con las cifras: un 48% de los escolares españoles entre los nueve y los 14 años ha padecido o padece violencia por parte de un compañero. Para más de la mitad, el acoso es psicológico y un 18% lo sufre también físico, heridas de arma blanca (2%) y agresiones sexuales (2,5%) incluidas. A partir de entonces comencé a entrevistar a niños (tanto agredidos como agresores) en toda España y la realidad del problema me resultó aún más cruda que la estadística. Un padecimiento que casi todos llevaban en silencio y del que algunos escapaban recurriendo también a la violencia. Son los otros Jokin, y son legión.

Como Erika, de 16 años, sevillana, que cogió un cuchillo de su casa y lo llevó a clase para clavárselo en el brazo a una de sus acosadoras después de dos años soportando que se burlaran de ella por su aspecto. No pudo más y reaccionó de la peor forma que supo, convirtiéndose ella también en una agresora.

Sandra (17 años) es una excelente estudiante de un colegio de Barcelona que aún tiene problemas con la comida. En segundo año de ESO, sus tres mejores amigas empezaron a mofarse de ella y ridiculizarla delante de toda la clase y de los profesores, quienes, por cierto, también se reían de las bromas.

Como en el caso de Jokin, alguien le colocó a Sandra el cartel de chivata, la señaló como la persona que había delatado a sus tres amigas cuando el coche del director apareció lleno de pintadas insultantes. Cuatro años después, su diagnóstico sigue siendo anorexia nerviosa. La semana pasada en Argentina, en un pueblo tranquilo de la Patagonia, un joven mataba tres compañeros de clase porque estaba cansado de las burlas.

«Álvaro me pega, pero también

A MARIO, DE 15 AÑOS, LE ESCUPIAN LA COMIDA Y SE LA HACÍAN TRAGAR ANTE LA BURLA DE TODOS SUS COMPAÑEROS

alumnos del centro reciben atención psicológica tras lo ocurrido, tampoco si alguien se ha tomado el trabajo de explicarles que el *bullying* lastima y mata de muchas maneras.

Comencé a estudiar el fenómeno en España al final de la década de los 90. En realidad, lo que me interesaba era el *mobbing*. Pero, para mi sorpresa, cuando comencé a entrevistar a personas que sufrían hostigamiento en el trabajo descubrí que gran parte de ellos había sido a su

me cuida de que los más grandes me hagan daño». Marcos, un niño inmigrante de ocho años, lleva casi un año recibiendo palizas de sus compañeros, pero sobre todo de su amigo, un *bully* de su misma edad que de un puñetazo a final de curso del año pasado le destrozó las gafas. A Xebe, los aparatos de los dientes. Otros llegan a casa con moratones y heridas, la ropa rota, o sus pertenencias destrozadas.

Mónica cursa 3º de ESO y desde el año pasado es víctima de una chica y un chico de su grupo. Apenas empezar las clases llegó a casa con más de 20 chicles pegados en la cabeza. Sigue siendo una excelente alumna pero desde hace dos días no quiere salir de casa. Jokin también era listo y sacaba buenas notas.

¿Cómo llega un estudiante a convertirse en marioneta de su acosador? Primero se trata de burlas con apariencia de juego. Lucas es obeso, tiene 11 años, y lleva cinco soportando intimidaciones. En primer grado, cuando empezaron las bromas pesadas que le hacía un niño en particular —hijo de la secretaria de la escuela—, pesaba 42 kilos. Ese año nunca escuchó su nombre y sí «bola de grasa», «el gordo», «el pelota». Lucas, un chico muy tímido, reaccionaba al principio llorando. Ahora se le puede ver solo por el patio de la escuela. Lo han derrotado.

DESNUDO EN EL LAVABO

El año pasado lo desnudaron en el lavabo y le escondieron la ropa. Asiste al colegio porque no se atreve a decirle a su padre lo que le pasa. Si alguien hubiera hablado con él cuando se sintió humillado en la clase de gimnasia —el día que el profesor le gritó «corre gordo, baja la tripa» porque iba más lento que los demás— tal vez sabría defenderse. En ese momento todos rieron y Lucas se sintió doblemente humillado. ¿Cómo se sentiría Jokin el día que una profesora le ordenó que recogiera los rollos de papel higiénico que sembraban los pupitres cuando sus amigos festejaban el aniversario de su diarrea en clase?

Lucas se culpa de lo que le sucede. Hay una profesora que sabe de su calvario, pero el colegio no toma medidas. Él se esfuerza por agradar pero su actitud causa el efecto contrario: exaspera al *bully*, y cada día soporta más golpes, codazos y empujones. ¿La última vejación que ha sufrido? Le orinaron la mochila en uno de los recreos.

La niña de cinco años de un colegio público cerca de Málaga también pensó que si cada día le daba su almuerzo a una de sus cuatro acosadoras de seis años dejarían de encerrarla en los lavabos. No fue así. Se quedaban con su bocadillo, la metían en los baños y la amenazaban por si abría la boca. Su madre notó que algo ocurría porque la veía agitada, insegura y sufría pesadillas. Finalmente, la niña lo contó todo y la escuela tomó medidas. Sus maltratadoras fueron sancionadas y una monitora se encargó de vigilar los lavabos y el patio.

No todas las víctimas lo cuentan. Generalmente se apartan, se aíslan, porque no quiere volver a sufrir. Jokin no fue este septiembre a las fiestas del pueblo con sus amigos. Ya no quería divertirse ni estar con sus maltratadores. Ni siquiera tenía ilusión por su 15 cumpleaños, que hubiera sido cuatro días después del fatídico martes 21.

MAESTROS A JUICIO

En 1996, la OMS publicó un informe sobre hostigamiento en las escuelas europeas. En él decía que los niños noruegos eran los que mejor trataban a sus compañeros de clase (los que peor eran los alemanes. España no estaba incluida en la investigación). A pesar de ello, el Gobierno de Oslo no ha dejado de centrarse en el problema del *bullying*. Especialmente desde que llegó al poder el actual primer ministro, Kjell Magne Bondevik. Bondevik, que se ausentó tres semanas de su puesto por depresión siendo ya primer ministro, ha sido siempre muy franco sobre sus problemas psicológicos y ha convertido los asuntos de salud mental en una de sus prioridades. Hace dos años, inició personalmente una campaña de concienciación contra el acoso moral en los colegios. Desde entonces, el *Manifiesto contra el acoso* —que muchos maestros se han negado a firmar— obliga a que los maestros noruegos prometan que pondrán todos los medios a su alcance para evitar el *bullying*. Si un alumno es hostigado en horas lectivas, profesores, padres y autoridades educativas pueden ser llevados a juicio y, en última instancia, condenados. Ninguno lo ha sido, no obstante, hasta la fecha. / SNORRE BRYNE

Pau tiene 14 años y por un problema en los huesos lleva botas ortopédicas. Dos de sus compañeros le empujan y se ríen. Se ha caído varias veces y ha llegado lastimado a casa. Los *bullies*, o alumnos acosadores, argumentan que sólo lo hacen para divertirse, que no le quieren hacer daño... Nada de ello es verdad. Buscan sentirse protagonistas. Necesitan percibirse fuertes y poderosos. Se sienten superiores cuando *machacan* al otro. Tras el enfurecimiento de la víctima esconden sus propias heridas. Bajo la apariencia de una novatada, los *bullies* camuflan su inseguridad, y llenan su vacío emocional. Persiguen sin descanso vivencias diferentes, y necesitan impresionar.

A Mario, con 15 años, su perse-

Carolina, a sus 20 años, recuerda con espanto lo que le hacían a uno de sus compañeros de clase, el «genio de las matemáticas», como aún le llama. «Le tiraban botellas de plástico, le pegaban, le rompían las carpetas, le tiraban las gafas al suelo, le ponían tierra en su comida... A veces, cuando Joaquín estaba tendido en el suelo, doblado en dos y con una mano en la barriga y otra en la cabeza, un grupo de amigas y yo gritábamos ¡parad! Pero ellos no paraban. A veces sueño con Joaquín al que no vi más. Sueño que nos golpean a los dos». Tanto los *bullies* como los testigos mudos forman parte de un mismo circuito de miedo y necesidad.

¿Y los padres? ¿Qué hacen cuando descubren que su hijo ha abusa-



HEMATOMAS. La autopsia ha demostrado que Jokin fue golpeado entre ocho y diez días antes de morir.

JUSTY

PARA ESCOLARES EN APUROS

¿Cómo evitar convertirse en una víctima del *bullying*? ¿Qué puede hacer un niño cuando ya es objeto de la crueldad de sus compañeros? La experta, Nora Rodríguez, elabora este decálogo para escolares en apuros.

1. Ignorar al *bully* y a sus secuaces. El *bully* ataca al que le responde, no al que lo ignora. Cuando es ignorado se desmorona, de ahí que ante una provocación una respuesta ingeniosa sea «¿Y?». Es como decir, ¿qué me quieres decir con eso? Y nunca llores en su presencia, no te enfades, ni le demuestres que te molesta. Si estás dolido que no se note.
2. Si te ves obligado a responder dile con tranquilidad: NO soy lo que tu piensas. O bien contesta con una broma. Si te dice «eres horrible», contéstale «me alegra que te hayas dado cuenta».
3. Busca apoyo en tus padres, en un profesor o adulto en el que confíes. Ellos pueden pedir responsabilidades al colegio y solicitar que tomen medidas en un plazo máximo de una semana. Y si crees que estás en peligro corre. Huir y refugiarse donde haya un adulto no es de cobardes, es protegerte.
4. Escribe una carta explicando lo que ocurre a tus padres, al director de la escuela o a algún profesor en el que confíes.
5. Habla con tus padres para no asistir a clase si eres víctima de acoso físico o psicológico.
6. Si eres objeto de chistes, burlas y bromas de mal gusto hazte de un grupo de amigos de tu barrio que te acompañen hasta la escuela y hasta tu casa, al menos mientras el acoso dure. En cualquier caso, no andes solo.
7. No estés cerca de tu acosador, ni te enzarces con él en disputas. No te fíes de él si quiere hacerse pasar por tu amigo.
8. Si un compañero te hiere con un bolígrafo o cualquier otro tipo de arma, pide a tus padres que lo denuncien a la policía.
9. Intenta que en tu colegio haya una página web donde niños que sufren acoso puedan contar anónimamente lo que les pasa.
10. Intenta que en cada curso un especialista dé charlas sobre qué es el acoso y cómo afecta psicológicamente a quienes lo padecen, que incluso llegan al suicidio.

guidor desde hacía más de dos años le escupía su comida en el comedor del colegio y se la hacía engullir ante la risa de sus compañeros. Todos los días. Era el modo en que creaba espectáculo. Una experiencia que el *bully* definía como «excitante», pero sólo mientras estaba frente al grupo. Luego, cuando Mario tímidamente vomitaba después de comer y algún monitor averiguaba qué ocurría, mostraba razonamientos autoexculpatorios: «Él me pidió una broma y a mí se me ocurrió ésta...». O apelaba a sus derechos: «Me estaba provocando y yo sólo lo hice para defenderme». O se hacía pasar por víctima: «Es que a mí también me lo han hecho».

Si nadie desea que estudiantes de 11, 12, 14 ó 16 años acaben como los escolares de la novela de Golding, *El señor de las Moscas* —quienes tras pintarse la cara como guerreros y siguiendo a un líder se convirtieron en asesinos de un compañero mientras gritaban: «¡Dadle muerte al cerdo!» «Dadle muerte al cerdo!»— ¿por qué razón profesores y padres siguen mirando para otro lado? ¿Por qué nadie les enseña a los niños desde pequeños que permanecer callados frente a la violencia los vuelve inmunes, impotentes y vulnerables, e incluso puede llevarlos a ser la próxima víctima? ¿A quién protegen realmente siguiendo la ley del silencio?

do de un compañero? En la mayoría de los casos no quieren verlo. Esta semana el diario vasco *El Correo* publicaba las declaraciones anónimas de uno de los padres de los chicos implicados en el caso de Jokin. Intentaba excusar a su hijo haciendo ver su lado bueno —«su cuadrilla (los *bullies*) fue su refugio y muchas veces su defensa», o eran «sus amigos, solían defenderle»— o minimizan su brutalidad —sólo le pegaron «el primer día», después participaron muchos alumnos...—.

«Goliat», como lo llaman sus amigos —un chico que había sido víctima de malos tratos por parte de su padre, y que con sus 13 años repetía un guión conocido— pegaba y se burlaba frecuentemente de uno de sus compañeros. Su madre lo descubrió porque le escuchó contárselo a un amigo por teléfono. En lugar de mirar para otro lado, optó por llevar a su hijo a un psicólogo y habló con los profesores y con los padres del chico agredido. Entre todos consiguieron que el colegio instaurara la figura de un mediador que le enseñara a los alumnos cómo resolver estos episodios. Padres y escuela, pusieron de su parte para que no volviera a ocurrir. En el instituto de Jokin y en todos deberían hacer lo mismo.

Nora Rodríguez, pedagoga experta en *bullying*, ha escrito «Guerra en las aulas»